

TERCER PUNTO.

Yo sé, Dios mio, que Vos os complacéis extremadamente en las almas que ponen su confianza en Vos, y que á manos llenas derramais sobre ellas vuestras gracias; pero sé tambien que os retiráis de las que se apoyan sobre la criatura, y que les dais vuestra maldicion (1). Podria yo, despues de este conocimiento, exponerme á traer sobre mí el siguiente reproche: «¿Hé aquí el hombre que no ha confiado en Dios (2)?» Que desde este momento, pues, y para siempre, oh Dios mio, yo me abandono á Vos, y que jamás intente reposar sobre las criaturas que engañan, que no hacen sino pasar, y que dan la muerte á los que en ellas confían: *Moriuntur, et ad mortem trahunt.* (S. Aug.).

PRIMER EXÁMEN.

De la caridad para con Dios.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Dios dando al hombre los dos preceptos del amor: *Diliges Dominum Deum tuum.* (Deuteron. vi, 5; Marc. xii,

(1) *Maledictus homo qui confidit in homine et ponit carnem brachium suum.* (Jerem. xvii, 5).

(2) *Ecce homo qui non posuit Deum adiutorem suum.* (Ps. li, 9).

v. 30). Este perfecto y soberano Sér encuentra toda su felicidad en amarse á sí mismo, y entre tanto quiere tambien ser amado de sus criaturas. Los Angeles le aman; todos estos espíritus bienaventurados no se ocupan sino de su amor; los Serafines, que están más cerca de El, se abrasan en sus ardores; mas esto no es bastante, y es preciso que la tierra tome parte en la dicha del cielo: El quiere que nosotros le amemos; y no solamente nos lo permite, no solamente nos lo manda, mas tambien nos amenaza con su cólera si no le amamos. Admiramos con san Agustin el exceso de este amor. *Quid tibi sum ipse, ut amari te jubeas à me, et nisi faciam, irascaris mihi?* (S. Aug. *Conf.* xvi, 2).

SEGUNDO PUNTO.

La caridad quiere que nosotros amemos á Dios puramente sobre todas las cosas, de todo corazon, con todo nuestro espíritu, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Examinemos si le hemos amado de esta suerte.

1. ¿Le hemos amado puramente por amor á El mismo; es decir, porque El es infinitamente bueno, infinitamente perfecto y porque merece infinitamente ser amado?

Cuando le amamos porque es bueno, ¿no es solamente porque lo es respecto de nosotros, porque nos hace bien, porque nos

promete grandes recompensas y porque de El esperamos el paraíso?

¿Hemos tenido cuidado de hacer de tiempo en tiempo actos de puro amor de Dios? Y cuando le decimos que le amamos por amor á El mismo, ¿no nos hemos contentado con decirlo con los labios y pensarlo con la mente, sin tomarnos el trabajo de sentirlo con el corazón?

2. ¿Le hemos amado *sobre todas las cosas*, es decir, más que todos los bienes del mundo, más que á toda suerte de personas, y más que á nosotros mismos?

¿Hemos preferido la gloria de estar en El, de servirle y complacerle, á todas las riquezas, á todas las grandezas, y á todos los placeres de la tierra?

¿Hemos estado dispuestos á separarnos de nuestros parientes, de nuestros amigos, y á romper con todos aquellos con quienes estamos más ligados antes que faltar á la fidelidad en nuestros empleos, á nuestra vocacion y á lo que Dios demanda de nosotros?

¿Hemos estado prestos á sacrificarle nuestra propia satisfaccion, nuestra salud y hasta nuestra vida primero que perder su gracia y ofenderle?

3. ¿Le hemos amado *de todo nuestro corazón*, dándole todos nuestros afectos y no partiendo nuestro amor, de suerte que no amemos sino á Dios, y nada sino en Dios y por Dios?

4. ¿*De todo nuestro espíritu*, complaciéndonos de pensar en El, y en los medios de corresponder perfectamente á sus deseos?

5. ¿*Con toda nuestra alma*, sujetando nuestras pasiones, con la única mira de agradarle, y no usando de nuestros sentidos, sean interiores ó sean exteriores, sino para servirle y para su gloria?

6. ¿*Con todas nuestras fuerzas*, empleándolas sin ninguna reserva en su servicio, sin perdonarnos nada, cuando se trata de cumplir su voluntad?

Finalmente, ¿nos hemos abandonado al Espíritu Santo, á fin de que El grave bien profundamente en nuestros corazones esta ley de amor, y nos haga cumplir con toda la perfeccion que El desea este primero y el más grande de todos los mandamientos? *Hoc est maximum et primum mandatum.* (Math. xxii, 38).

TERCER PUNTO.

Dios mio, Vos sois infinitamente amable; Vos quereis que yo os ame; Vos me demandais para esto mi amor; Vos me colmais de vuestros beneficios; Vos me rodeais de vuestro amor: y, sin embargo, yo no sabia hasta esta hora lo que era amaros á Vos (1). ¡Cuánta confusion me causa el

(1) Undique circumdat me amor, et nescio quid sit amor. (S. Bon.).

encontrarme tan insensible á vuestra divina caridad! Concededme, Señor, la gracia que san Agustín os demandó en otro tiempo; haced que yo me inflame como él en vuestras divinas llamas: *O ignis, qui semper ardes et nunquam extingueris! O amor, qui semper ferves et nunquam tepescis! accende me, accendar totus à te, ut totus diligam te.* (S. Aug. *Conf.* lib. x, cap. 29, et *Solil.* cap. 29).

SEGUNDO EXÁMEN.

Del amor de complacencia.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor contemplando con un soberano gozo las perfecciones inmensas é incomprensibles de Dios su Padre. En ellas se ocupa sin cesar, de ellas habla en todas las ocasiones, El no busca otra cosa sino hacerlas estimar, y hace conocer por todas estas señales hasta donde se eleva su amor de complacencia para con la Majestad divina. Bendigamos á este amable Salvador por la grande gloria que ha tributado á su Padre en la pureza de su amor, y rindámosle mil gracias por habernos merecido la de seguir su ejemplo.

SEGUNDO PUNTO.

El alma que tiene para Dios un verdadero amor de complacencia, no tiene gozo más grande que pensar muchas veces en El.

Ella se hace un singular placer de meditar sobre sus perfecciones; de ocuparse de sus bondades y de entretenerse con sus grandezas.

Cuando ella considera su inmensidad, su poder absoluto y todos sus demás atributos, encuentra su reposo en perderse ella misma en sus sagrados abismos, y admira cuán grande y elevado es El sobre todo sér.

Ella tiene una inconcebible satisfaccion de pensar que El encuentra en sí mismo su propia beatitud, y que posee la plenitud de todos los bienes.

Ella, por lo demás, está tan prendada de las bellezas adorables que la fe le descubre en este objeto divino, que no puede ya amar otra cosa sobre la tierra, que todo no le parece sino vanidad en el mundo, y que no encuentra ya nada sólido en esta vida sino es el divino amor.

Ella no ve entonces sino lo que ve El; no desea sino lo que desea El; no ama sino lo que El ama; no aborrece sino lo que El aborrece.

Tan entregada está ella á su dulcísimo

placer, que desea mil veces más complacer á la voluntad de Dios, que todo cuanto su amor podría hacerle desear. De esta manera ella vive siempre en paz, abandonada á todos los deseos de un Padre tan bueno; se somete con gusto á todas las órdenes de su providencia, poniendo en él su soberana felicidad.

Que ella se encuentre enferma ó con salud, pobre ó acomodada, que viva ó que muera, ella se tiene siempre por muy dichosa de saber que su amado Bien vive eternamente y que está colmado de todo género de bienes. Jamás deja de hablar de las bellezas del que ocupa únicamente su corazón; ni se cansa de que de El se le hable; y si ella hace alguna lectura, no toma gusto de ella, sino cuando encuentra alguna cosa de Dios y de sus perfecciones.

Cuando ella piensa que El es honrado en la tierra y en el cielo por tantos Santos, que toda la Iglesia resuena con sus alabanzas, y que sus hijos le honran como El merece ser honrado, ella entra en un gozo y arrobamiento inexplicables.

En fin, ella se ocupa con tanto placer de las perfecciones y de las alabanzas de Dios, que deseara repetir cien y cien veces cada día estas palabras del Apocalipsis: *Benedictio, et claritas, et sapientia, et gratiarum actio, honor, virtus et fortitudo Deo nostro in sæcula sæculorum. Amen.*

Examinemos si nosotros tenemos estas santas disposiciones que el amor de complacencia para con Dios demanda de nosotros.

TERCER PUNTO.

Dios mio, ¡cuán feliz es el alma que verdaderamente os ama de corazón, y que tiene toda su dicha en conocer que Vos sois infinitamente perfecto! Ella ha encontrado el gran secreto de morir á todas las criaturas y de no vivir sino para Vos, que es lo que hace la felicidad de los Bienaventurados en el cielo. Yo os ofrezco, Señor, el deseo que tengo de abrasarme en adelante en este amor. Ponedle Vos en mi corazón, á fin de probar por mi propia experiencia que el medio más seguro de complaceros es el de complacerse únicamente en Vos. *Ille placet Deo, cui placet Deus.* (S. Aug. in *Psal.* xxxii).

TERCER EXÁMEN.

Del amor de benevolencia.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor mostrando en todo el curso de su vida un amor de perfecta benevolencia para con su Padre. Como no podía acrecentar la gloria que su Padre posee en sí mismo de toda eternidad,

El no excusa nada para aumentarla fuera de sí en el tiempo. Y desciende á la tierra en forma de siervo para destruir á todos sus enemigos, para hacerle conocer por todo el mundo, para establecer en él su reino, para procurarle todo género de honores; y despues de haber empleado para esto hasta la última gota de su sangre, El deseara aún hacer más, si así fuese la voluntad de su Padre. Admiremos este amor de benevolencia de Jesús, y agradezcámosle el bello ejemplo que nos da.

SEGUNDO PUNTO.

El amor de benevolencia para con Dios da al alma que lo tiene un deseo continuo y ardentísimo de que sea conocido, amado y servido, y que su nombre sea bendecido y exaltado por toda la tierra.

Ella se complace en buscar y encontrar mil invenciones para hacerle honrar.

Este deseo jamás se debilita en ella, ni por la diversidad de sus empleos ni por la multiplicidad de sus ocupaciones, y en todo tiempo busca las ocasiones de ganarle almas que puedan alabarle y glorificarle eternamente.

Ella desea en el ardor de su celo hacerle reinar en todo el mundo; y bien lejos de temer la pérdida de sus bienes, de su reputacion, de su reposo ó de su vida cuando se trata del servicio de su Señor, lo expone todo para aumentar su gloria.

Ella tiene un cuidado extremo de todo lo que mira al exterior del culto de Dios y de su religion; y sabiendo que éste mantiene ante los pueblos el respeto á la majestad divina, procura cuanto puede la decoracion de las iglesias, el adorno de los altares y la limpieza de los vasos sagrados.

Ella no omite tampoco nada en cuanto alcanza su poder, á fin de que los Sacramentos sean administrados con respeto, los Oficios divinos cantados con modestia, y todas las cosas santas tratadas con decencia y con religion.

Ella es además tan celosa del honor y de la gloria de Dios, que no puede ver sino con un dolor extremo todo lo que le ofende en el mundo. Ni puede sufrir que se le haga la menor injuria, y cuando se le deshonra y no puede remediarlo de otro modo, ella procura reparar su honor al menos por sus actos de amor, de humildad y penitencia.

Ella acepta y le ofrece asimismo de mucha voluntad toda confusion y todas las cruces que pueden contribuir á su gloria, y padece mucho cuando no se presentan ocasiones de sufrir alguna cosa por su amor.

En fin, en la imposibilidad en que se encuentra de alabar á Dios tanto como ella desea, invita á todas las criaturas á unirse á ella para publicar sus alabanzas, diciendo de todo corazon: *Benedicite omnia ope-*

ra Domini, Domino; laudate et superexaltate eum in secula... Magnificate Dominum mecum, exaltemus nomen ejus in idipsum. (C. tr. pher. Ps. XXXIII).

Examinemos si en lugar de haber estado en estas disposiciones, no hemos tenido sino muy poco celo para glorificar á Dios; y si el temor de sufrir alguna ligera pena, ó de perder alguna ventaja temporal, nos ha hecho preferir en muchas ocasiones nuestros propios intereses á los de su honor y de su gloria.

TERCER PUNTO.

Dios mio, que nos amais tanto hasta dárosnos Vos mismo, despues de habernos dado con vuestro Hijo todo lo que tenemos de bienes, ¿cómo podria yo reconocer nunca bastante un amor tan positivo y tan benéfico? ¡Ah! Señor, yo sé lo que debo hacer. El amor no se puede reconocer sino con amor. Yo quiero, pues, mediante vuestra santa gracia, no suspirar en lo sucesivo sino en busca de Vos, no respirar sino para Vos, sacrificar el resto de mi vida á vuestro servicio, y como una hostia de amor, consumirme enteramente á vuestra gloria. *Amati amabimus, ut amantes amplius amari mereamur.* (S. Bern.).

EXÁMEN.

De la conformidad con la voluntad de Dios.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor mostrando durante toda su vida, pero sobre todo en las cercanías de su muerte, una admirable conformidad con la voluntad de su Padre. Los tormentos más crueles y las aflicciones más terribles se presentan reunidas ante sus ojos, y se somete con un amoroso abandono á cualquiera aversion que siente en la parte inferior de su alma. ¡Oh raro y bello ejemplo de conformidad con la voluntad de Dios!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si tenemos nosotros una perfecta conformidad con la voluntad de Dios.

¿No hemos deseado otros puestos ú otros empleos que aquellos que la providencia de Dios nos ha dado; y no habríamos sido más contentos de elegir nosotros mismos los que más cuadrasen con nuestro gusto é inclinacion?

¿Hemos estado satisfechos con los talentos que recibimos de la divina Bondad, sin hacer motivo de queja el que nosotros no tengamos tantos como otros muchos?

¿Estamos contentos en la condicion en que nos ha colocado, y no hemos deseado